

Cecilia Silveira

AHÍ

Cuatro de agosto de dos mil diecinueve. Once de la mañana. El coche se inclina hacia la derecha, tomamos la salida de la autovía en el kilómetro ciento diecisiete. No hay tráfico. Cruzamos el puente. La gasolinera, el galpón del almacén de herramientas, los primeros viveros. Y los supermercados al por mayor. Seis kilómetros para llegar. Bajo la ventanilla, bebo agua. Flexiono las rodillas hasta que tocan el tablero del coche. Aparecen las plantaciones de fresas. Tierra removida y plásticos amontonados, los soportes metálicos en línea. Dejamos atrás las urbanizaciones. Respiro. Saco el brazo por la ventanilla, la piel se estira. Mi pelo se rebela. Lo recojo en una coleta. Veo pasar siluetas de vacas, ovejas y caballos. Se confunden los pinos y el efecto del sol sobre el agua. Es la marisma. Una línea recorta el campo de visión. No es verde ni azul, es gris y blanca. Busco en mi bolso, encuentro la piedra que recogí el año anterior. Es negra y áspera. La vuelvo a dejar en el bolso. Estamos llegando. Tomamos la última curva, muevo mis dedos dentro de los zapatos. Estacionamos debajo de un pino grande, abro la puerta, piso las piedras. Camino recto, me agacho, me quito los zapatos. La arena seca se adapta al arco de mis pies. A la altura de mis ojos está el mar.

Elisa Fernández Guzmán

EL CIERVO Y EL ASFALTO

Volvemos del funeral de mi abuela paterna. Mi padre, mi madre, un familiar al que no conozco de nada y yo, los tres en silencio en el coche. Nadie habla cuando vuelve de un funeral. Veo campos verdes gallegos y gente triste. Está punto de anochecer. Miro por la ventana, cansada de tanto verde y tantas curvas. El coche frena de golpe y el familiar maldice en gallego. Hay un ciervo muerto y dos pivotes rotos en la carretera. Mi padre sigue mudo, y mi madre no para de repetir que *qué pena, que qué hacía por aquí el pobre ciervo, en mitad de una carretera, con esos cuernos tan bonitos.*

Atardece y mi padre empieza a llorar. Porque *qué va a pasar ahora con el coche, con la cena, con la noche tan fría que se nos echa encima.* Y la policía, que no aparece. Y esos cuernos tan bonitos sobre la carretera.

Cristina Rentería Garita

NIÑOS MOJADOS

Lo que oyes son las cuerdas del huapango.
Pájaros, mariposas.
El capulín,
La calma corriente
que entrelaza su quinta y su jarana.

Todo sucede bajo el cielo.
En los pozos y en los jagüeyes
flota una rana muerta.
Los niños mojados se encogen,
son dos manos,
dos pies
y una cabeza.
Limpios de inocencia,
ya nadie paga por ellos,
nada valen.

La realidad y la ficción fluyen juntas.

El colibrí confunde a las moscas.
Los niños mojados enloquecen a los cuervos
negros,
carroñeros,
pero hay tantos
que a plena luz estamos ciegos.
Sólo los perros, desde la orilla,
esperan
y los juncos ondean, suaves
con el agua a la cintura.

El arpa, la flauta, el cielo.
El huapango responde a dos voces,
sus alas de aire y montaña, caoba,
te llevan de nuevo
al olvido.

Abraham Guerrero Tenorio

RUMBO

Temblaba en mi regazo y yo le acariciaba
el pecho acelerado, la angustia de la asfixia.
En mis muslos, sus ojos moribundos
se hundían en los míos, acechándome
con la mirada triste
de quien arrastra a la fuerza
el dolor de la vida.

Y se los fui cerrando lentamente,
con las yemas heladas de mis dedos
cayendo
sobre sus párpados,
como si mi caricia fuera
el peso rotundo y sombrío
de una losa de mármol.

Ágora Reix

POLIEDRO ILIMITADO

“Si desde dentro
las borrascas devienen
dan manantiales”

Ocho vértices de mundos paralelos, infinitos.
Música, pintura, danza, poesía y canto.
Ilusión, creación y tiempo.
Conexión entre aristas que los unen,
conectan una realidad con otra.
Caras limpias, blancas minimalistas.
Traspirencia, grandes ventanales.

En cada rincón, un pequeño mundo,
en cada esquina un espacio sideral,
por las paredes blancas suben árboles,
ellos humedecen la techumbre,
caen racimos y alimentan el espacio centro.
El medio en el vacío,
alejado de esos ocho costados.

El baricentro tiene fogata,
crea movimientos, sonidos, letargos y ensueños.
Simetría serendipia
en cualquier zona de la habitación.
Las sombras también existen.
La nada y el todo girando, girando.
Toroide en medio de este hipercubo.

Las vistas tienen luz y un sabor a canela,
desde el levitar de una hamaca,
cada cara columpia al ser
Junto a un chocolate espeso,
un olor a vainilla que se consume en vela.
Van haciendo de este espacio
hogar, puchero y familia.